

REVISTA SEMANAL

Entered as second class matter at the Post-Office at Manila

DIRECTOR:—Alejandro de Abaitiz

ADMINISTRADOR:—Vicente Agau

TEL. 572

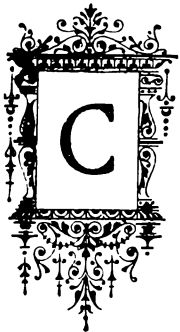
P. O. BOX 1646

Vol. III.

Manila, 23 de Febrero de 1924.

Num. 60

Los enemigos de la Fe



CON destemplado sonsonete, cual niños con sonajero, vienen repitiendo nuestros adversarios que la fe, con que los católicos creemos las verdades reveladas superiores a nuestra inteligencia, es una fe automática, irracional, absurda, algo así como una especie de ñoñez infantil, impropia de hombres pensadores y libres. Y sin pararse en barras, nos cuelgan el sambenito de esclavos, por haber hecho, según ellos, humillante abdicación de los fueros y derechos inalienables de la razón.

Claro está que al citarlos al tribunal de la discusión, y exigirles cuentas de los cargos que nos hacen, se limitan a invocar, por toda contestación, la autonomía, la libertad omnimoda y la absoluta independencia de la razón humana; que no debe humillarse ante la Revelación ni el Misterio, pues la privan del legítimo derecho que tiene al discurso y a la investigación.

Es el manoseado estribillo que durante veinte siglos no han cesado de vocear unos cuantos copleros, tan fecundos en chillidos, como escasos de mentalidad. Pero eso lo

conceptuamos como una escapada o fuga en toda regla. De nada sirven las palabras rimbombantes y frases de relumbrón para probar y defender la verdad de una proposición, si el arca intelectual está exhausta del rico tesoro de los argumentos para la verdadera defensa.

Traten de probar nuestros enemigos que la fe de los católicos es un absurdo, o que la razón humana, al rendirse a la verdad revelada, cae en humillante esclavitud, y se le cierran las puertas de la investigación científica; y eso argüirá más seriedad y nobleza que la demostrada mediante la monótona repetición del estribillo callejero. Aunque bien seguros estamos de que jamás llegarán a probar sus gratuitas afirmaciones. La lucha intelectual de veinte siglos habla en nuestro favor.

Tan lejos está la fe católica de detener los vuelos y cortar las alas de nuestra inteligencia, que precisamente la anima y presta fuerzas para volar más alto, condúcela por regiones desconocidas, a las que nunca hubiera podido elevarse, ampliando así su campo de acción; enriquece el acervo intelectual con el tesoro de verdades sobrenaturales, cuya existencia revela; y hasta se

ofrece a servirle de luz y guía para la clara y completa inteligencia de muchas verdades naturales, especialmente del orden moral, conocidas por la razón sólo conjetural e incompletamente.

De donde resulta que nuestros enemigos, a la vez que se desgañitan pregonando la autonomía y absoluta libertad de la razón, rodéanla de un círculo de hierro del que no la permiten salir; pues a eso equivale el afirmar que no debe prestar asentimiento a las verdades reveladas. Es decir, que además de condenarla a permanecer en prisiones, y contentarse con la mísera refección de los conocimientos que por solas sus fuerzas pueda adquirir; le niegan hasta la libertad y el derecho de aceptar el sabroso manjar de otras verdades superiores, gratuita y galantemente ofrecidas por la divina revelación.

Pero no importa. En auxilio de la razón viene la fe; y rompiendo la férrea valla, libértala de la prisión, y la invita a alzar el vuelo por hermosos horizontes, a los que no podía elevarse, por habérselo vedado los que se decían sus defensores y amigos.

Dígasenos ahora quién defiende con más celo la legítima libertad de la razón humana; si nuestros adversarios que la obligan a no traspasar los lindes que la señalan, o la fe católica que además de reconocer y confesar esos derechos, la faculta y ayuda para adquirir otros nuevos de un orden superior.

Se nos objetará que las verdades reveladas no caen bajo el dominio de los sentidos, ni de la razón. Es verdad; y la Iglesia católica es la primera en afirmar que los misterios de nuestra Religión son incomprensibles al entendimiento humano, por profundo que sea el proceso intelectual que sobre ellos formemos. Pero concluir de ahí que no de-

bemos creerlos por ser incomprensibles, es, como dice Balmes, enunciar una contradicción; pues si los comprendiésemos, no se nos hablaría de fe.

El argumentar contra la Religión, prosigue el citado filósofo, fundándose en la incomprendibilidad de sus dogmas, es hacerle un cargo de una verdad que ella misma reconoce, que acepta; y sobre la cual, en cierto modo, hace estribar su edificio. Lo que se ha de examinar es si ella ofrece garantías de veracidad, y de que no se engaña en lo que propone; pues una vez seguros de esto último, poco importa que los dogmas que nos propone sean superiores a nuestra inteligencia. El acto de fe será razonable, como es razonable creer a un maestro o a un padre por sólo su palabra, aunque ni el discípulo ni el hijo comprendan muchas veces todo cuanto aquellos dicen.

La Iglesia Católica reconoce y defiende el derecho que tiene el hombre a que se le den garantías que justifiquen la razonabilidad de su fe. Y por eso, porque lo reconoce, se las ha dado, y bien abundantes y probativas. Estudien nuestros enemigos uno cualquiera de los tratados en que se exponen sencillamente los fundamentos de nuestra Religión, y allí encontrarán los motivos en que descansa, como en dura roca, la razonabilidad del acto de la fe; motivos que, como los milagros, profecías, etc... son, al decir del Concilio Vaticano, *signos ciertísimos de la divina Revelación.*

Para ellos parecen dichas aquellas palabras, que dirigiera Jesucristo a los Judíos: "Si no hago las cosas que mi Padre hace, no queráis creerme. Mas si las hago, y a pesar de hacerlas, no queréis creer en Mí, creed en mis obras"

JUSTINO.

¡ALUCINACION!

POR más que a su caudal dé más valías
poniendo en producción a sus barbechos,
a nadie perjudica en los derechos
quien es dueño de pingües labrantías,

Idénticas Jesús sigue las vías,
cuando, al quebrar de un pueblo los estrechos
troqueles del error, funde los pechos
del progreso en las puras ardentías.

Por eso ¿es dable que intenten el fervor
del pueblo reprimir los que el laúd
puntean en obsequio al labrador?

¡Obcecados! no saben, por lo visto,
que bien no rezan fierros ni ataúd
con las razas que son fieles a CRISTO!

SAN. TXO.